

Retiro: LLAMADOS Y ENVIADOS

*(Extraído de “Llamados por la Gracia de Cristo – Material de Iniciación de ACGA” y
“El apostolado seglar a 20 años de Christifideles Laici)*

VER

Estamos iniciando un nuevo curso, y tras el paréntesis del verano, necesitamos detenernos y reflexionar, no qué vamos a hacer los próximos meses, sino qué espera Dios de nosotros a lo largo de este curso. Porque si nuestra reflexión la enfocamos como en el primer caso nos ponemos “nosotros” en el centro; mientras que en el segundo caso nos ponemos a la escucha de Dios, dejando que sea Él quien nos indique el camino a seguir.

Porque muchos que nos llamamos cristianos tenemos un sentido individualista de la vida y demasiadas veces somos cristianos de un modo cómodo, egoísta, porque vivimos nuestra fe como algo “que nosotros hacemos”, y que vamos variando y ajustando en función de nuestros gustos y posibilidades.

La cultura actual nos lleva al individualismo, al egocentrismo, y a la falta de compromiso social. Esta cultura tiene su reflejo, como no podía ser menos, en el modo de vivir la fe por parte de muchos cristianos. Se manifiesta en la tendencia a ver la fe como algo privado o individual.

Sin embargo, una de nuestras convicciones más profundas es que Jesús, el Hijo único de Dios, se ha hecho hombre entre los hombres y que se ha comprometido con nosotros y con la Historia. Por ello, el seguimiento de Cristo nos ha de llevar a plantear la vocación cristiana, y por tanto la del laico cristiano, como una forma de vida comprometida con la realidad que nos rodea y que hacemos entre todos.

Nos falta la conciencia y la experiencia de que, previamente a nuestras decisiones, hemos sido llamados por Dios a ser sus hijos y enviados por Él a este mundo a vivir como tales. Tal vez, todo ello nos suene a algo muy sabido, pero en realidad lo tenemos poco sentido. Algo tan oído que ha perdido el profundo significado que encierra, la fuerza dinamizadora y trasformadora que desencadena cuando nos dejamos invadir por esa realidad misteriosa, pero real, del Dios que nos llama.

Y máxime cuando descubrimos que esa llamada personal de Dios no es para encerrarnos en nosotros, ni menos aún para dominar y controlar nuestra vida, sino para dimensionarla, enriquecerla abriéndola a su Proyecto de Salvación del mundo.

Quizá si entendemos la relación con Dios como una relación privada al margen de la vida social, porque no hemos descubierto que la fe tiene unas implicaciones que han de transformar nuestras actitudes y comportamientos. Necesitamos convencernos de que Dios nos llama y nos envía a ser sujetos responsables y hacedores, con nuestra vida cotidiana, de ese Proyecto de Salvación y de Liberación para todos los hombres.

En resumen, o somos cristianos en medio del mundo o no lo somos de ninguna manera. El testimonio y el compromiso son el único modo posible de vivir la fe.

Para la reflexión:

- ¿Cómo he pasado este verano? ¿Qué destacaría de él? ¿De qué le doy gracias a Dios? ¿De qué le pido perdón?
- Ante el inicio del nuevo curso, ¿qué pregunta me surge espontáneamente: qué voy a hacer, o qué espera Dios que haga? ¿Por qué?
- ¿Vivo la fe de un modo privado o tengo algún compromiso público?
- ¿Me siento llamado por Dios, siento que Él cuenta conmigo?

JUZGAR

Muchos somos conscientes de haber recibido la llamada personal que Dios nos hace, de que no somos un simple número en la masa de los cristianos, sino sujetos responsables, constructores, en nuestra vida y en nuestra sociedad, del proyecto Liberador de Dios. Él necesita de todos y cada uno de nosotros en esa tarea. Él necesita de nosotros para construir la comunidad parroquial, para llevar a cabo nuestro objetivo pastoral: “La Parroquia es c@sa de tod@s”. Aunque seamos libres de cumplir o dejar de lado ese encargo, nadie podrá sustituirnos y ocupar el hueco vacante. “Lo que yo no haga, quedará eternamente por hacer”

Mt 5, 1-11:

En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret. Vio dos barcas que estaban junto a la orilla; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes.

Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón:

—«Rema mar adentro, y echad las redes para pescar.»

Simón contestó:

—«Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes.»

Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo:

—«Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.»

Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Jesús dijo a Simón:

—«No temas; desde ahora serás pescador de hombres.»

Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.

Como Pedro y sus compañeros, el laico cristiano es llamado personalmente al seguimiento de Cristo. Y es llamado a “ser pescador de hombres”, es decir, a evangelizar. Porque esa es la misión de quienes forman la Iglesia: anunciar con obras y palabras a Jesús y su Evangelio, la Buena Noticia del amor del Padre a todos, especialmente a los pobres. Por tanto esa es también la misión de todo cristiano. De todo laico cristiano que quiera ser fiel a su vocación.

La vocación y misión del laico cristiano es «buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales» (C. Vat. II. L.G. 31). El laico cristiano está llamado a evangelizar, a vivir su vocación en medio del mundo. Es el campo que le pertenece por llamada de Dios. Porque su vocación específica «los coloca en el corazón del mundo a la guía de las más variadas tareas

temporales» (Pablo VI, E.N.70). En el corazón del mundo, en sus actividades desarrollan su forma peculiar de evangelización. El laico es la Iglesia misma tratando las cosas temporales. No es un delegado de otros, sino que es la Iglesia misma ordenando según Dios las realidades temporales. Es la Iglesia comprometida y actuando en medio del mundo.

Concretando todo esto de un modo general, el laico cristiano vive su vocación por medio del testimonio y del compromiso. El testimonio de una vida personal coherente con el seguimiento de Cristo. El compromiso por la transformación del mundo desarrollando su actividad, cualquiera que esta sea (familiar, social, político, cultural, económico...), según los planes y voluntad de Dios.

Esta vocación del laico cristiano no es sólo llamada y misión, es también gracia, fuerza, presencia de Dios. Al ser llamados son también fortalecidos para poder responder y vivir según la llamada recibida. La respuesta del laico cristiano no es principalmente fruto de su esfuerzo o de su gusto, sino que es consecuencia de dejar que fructifique en él la gracia, el don con que Cristo le ha regalado por medio del Espíritu Santo. Es, pues, una responsabilidad personal.

Pero sobre todo, la llamada es un don que se recibe. El don recibido se hace visible en la respuesta responsable. Y además, en la respuesta a esa llamada, en la aceptación y cumplimiento de esa misión, va a encontrar el camino para avanzar en la propia santidad, porque todos nosotros a lo que estamos llamados a ser santos. Y esta vocación a la santidad debemos verla no como una obligación exigente, sino como un signo del infinito amor del Padre, que quiere que compartamos su misma vida de santidad.

Si somos miembros del Cuerpo de Cristo por el bautismo, participamos de la misma vida de santidad que la Cabeza de este Cuerpo. Por lo tanto, los cristianos no pueden contentarse con una vida mediocre, vivida desde una religiosidad superficial. Cada bautizado es llamado por el Señor a ser perfecto como el Padre celestial es perfecto [Mt 5, 48]. Introducidos en la santidad de Dios, estamos capacitados para manifestar la santidad en nuestra vida y debemos asumir el compromiso mostrar la santidad de los que somos en la santidad de lo que hacemos.

EL PROYECTO CRISTIANO DE VIDA: SER SEGUIDOR DE JESÚS

Así pues, la respuesta a la pregunta inicial: ¿qué espera Dios de mí a lo largo de este curso? tiene una respuesta clara: que le siga.

JESÚS LLAMA A CADA UNO POR SU NOMBRE

Ser cristiano es la respuesta personal a una invitación personal. Jesús toma la iniciativa, no nosotros. Y llama a cada uno por su nombre. Nadie en toda la historia, ni tampoco hoy, se hubiera planteado ser cristiano si Él no hubiera llamado primero.

Si reflexionas un poco, podrás recordar cómo Jesús te ha provocado, te ha atraído, te ha invitado a formar parte de su grupo.

Él te ha llamado por tu nombre, a través de diferentes personas y hechos: un compañero, un amigo, un cura, un militante, un grupo o su animador, un catequista, un día en casa, en aquel rato de oración, en aquella experiencia de la parroquia, en la familia, en una acción que realizaste sólo o junto a otros... Con toda seguridad te sigue llamando hoy.

PARA CONSTRUIR CON ÉL EL REINO DE DIOS

La propuesta de Jesús es muy especial. No llamó a los discípulos para tener simplemente unos amigos con los que convivir. Ni tampoco para montar algún negocio rentable. Ni para crear un

mero grupo de activistas políticos. Les invitó a estar con Él y a anunciar el Reinado de Dios (Mc 3, 13-19). Les preguntó si querían vivir haciendo la voluntad del Padre. Les invitó a implicarse con toda el alma en la creación de un mundo de hijos y hermanos. Les emplazó a sumarse al cambio social de raíz, que con Él, desde Nazaret, había comenzado. Pasando del individualismo a la solidaridad, de la falsedad a la verdad, de la explotación a la justicia, de la alienación a la libertad, del egoísmo al servicio, de la muerte a la vida. Llamó a Pedro, a Juan, a Andrés, a Magdalena y a los otros, precisamente para compartir juntos la tarea evangelizadora y liberadora que Dios le había encargado (Lc 4, 14-19). Y les prometió su compañía hasta el fin del mundo (Mt 28, 20).

Hoy Jesús nos sigue interpelando. La cruz no pudo con Él. Dios le resucitó. Esa es nuestra esperanza. El Espíritu de su presencia aletea por aquí y por allá. Y no ha abandonado la tarea por la que se empeñó: el Reino de Dios. Por eso invita a cada uno, a convertirse en activos trabajadores del Reino. Te pregunta un día y otro, en cada momento de tu vida: «¿con quién te pones?, ¿con el Reino o contra el Reino?, ¿conmigo o contra mí?» Su llamada es un aldabonazo que toca a tu puerta, a la mía, a la de otros. Quiere sacarnos de la indiferencia. Quiere romper la rutina, hacemos salir de la mediocridad.

«Y ELLOS DEJÁNDOLO TODO LE SIGUIERON»

La respuesta a la llamada de Jesús es el seguimiento. Pedro, Juan, Andrés... Magdalena, después Pablo, dejaron todo lo que hacían y le siguieron. Fueron los primeros seguidores.

El seguidor del Señor no es un “borrego del rebaño”. Tiene personalidad. No es un imitador que sólo sabe copiar. Es un nuevo creador. Tampoco es un simple admirador, pues el seguidor implica toda su persona y compromete toda su vida. ¿Quién es seguidor de Jesús? Quien se ha dejado seducir por la persona de Jesucristo y quien hace del proyecto de Jesús su proyecto personal de vida.

- Es seguidor aquél que se ha dejado seducir por la persona de Jesucristo.

¿Recordáis la experiencia del enamoramiento? Una mujer o un hombre se convierten en el centro de toda nuestra existencia. Nos ocupa todo, por entero. Es una presencia que nos invade en el día, en la noche, en casa y en el trabajo, en el rato libre. Todo cambia de valor. La persona amada es el primer valor. El resto de cosas se tornan secundarias ante ella.

Pues bien con Jesús pasa algo parecido. No puede ser seguidor de Jesús una persona que no haya sido atraída, maravillada, encandilada por la persona de Jesucristo.

Él toca el corazón y se planta en el centro de su vida. La persona del Señor se erige como centro de su atracción y de su amor. Toda la existencia es transformada. Ahora es Él el centro de todo. Todo cambia de valor. Él es el VALOR con mayúsculas, el único Señor que acepto en mi vida. Lo demás: el dinero, la propia felicidad, el placer sexual, el amor a la familia, el trabajo, el estatus social, la pasión por otros ideales, quedan ordenados desde la relación fundamental con la persona de Jesucristo que me ha seducido.

- Es seguidor aquél que convierte en proyecto personal propio el proyecto de Jesucristo: el Reinado de Dios.

Éste es un segundo rasgo esencial del seguimiento de Jesús. No basta haber sentido la experiencia de la seducción del corazón. De hecho ésta puede ser fugaz. El seguidor, a partir de ella y bebiendo siempre de ella, abraza como propio el proyecto de Jesús, el Reino de Dios. Lo asume desde su razón, desde su corazón y desde su libertad, poniendo en juego la voluntad personal y la

inteligencia. Toma la decisión de hacer del proyecto de vida de Jesús, su proyecto personal de vida. No como una elección transitoria, sino como una opción duradera, con determinación.

Es lo que ocurre entre un hombre y una mujer. No le basta el flechazo inicial. Ha de proponerse un proyecto de amor, un compromiso mutuo de quererse que se va a ir desarrollando y madurando a lo largo de toda la vida. No sin dificultades. Es eso lo que convierte el enamoramiento inicial en verdadero y profundo amor.

EL SEGUIMIENTO: CAMINO DE CONVERSIÓN Y DE UNIDAD INTERIOR

El camino del seguidor de Jesús es un camino de conversión a Él y al Reino de Dios. La seducción por la persona de Jesús y la determinación personal por asumir su proyecto de vida son las dos fuerzas que van transformando poco a poco todas las facetas de la vida del seguidor de Jesús. Así, mis actitudes personales, las relaciones de pareja, la familia, el dinero, el tiempo libre y aficiones, los amigos, la formación... se van orientando en una misma dirección: Jesucristo. Todas ellas van cobrando un nuevo sentido desde Dios. Y somos capaces de abandonar viejos hábitos, costumbres, valores... para ir asumiendo aquéllos que son más coherentes con el seguimiento del Señor, ayudándonos a seguir respondiendo a su llamada.

Por eso la determinación de seguir a Jesús es un camino de unificación de nuestra persona. El seguidor de Jesús va percibiendo cómo crece en coherencia y armonía, cómo va viviendo la maduración humana, la familia y la afectividad, el trabajo y los estudios y la dimensión socio-política, no como compartimentos estancos, sino unificados en su propia persona en torno a la opción fundamental de ser cristiano.

Es un proceso personal que proporciona madurez, paz interior y equilibrio personal, es decir, nos hace crecer en santidad. Y, a su vez, esa experiencia de paz, equilibrio y madurez que proporciona la unidad interior hace surgir la conciencia de ser enviados a anunciarla y compartirla, porque favorece la fecundidad de nuestra vida. Nos sabemos y sentimos llamados y enviados por el mismo Señor a ser “pescadores de hombres”

Para la reflexión:

- ¿Me siento llamado por el Señor? ¿Cómo llegué al grupo o grupos de los que formo parte? ¿Qué personas fueron mediación del Señor?
- ¿Siento la Parroquia como casa y cosa mía? ¿Dónde voy a colaborar?
- ¿En qué pienso que consiste “ser santo”?
- ¿Qué me atrae de Jesús, cuál es mi razón principal para seguirle?
- ¿Noto que voy creciendo en unidad interior? ¿Por qué?
- ¿Dónde me pide el Señor que “eche las redes”?

ACTUAR

Todos los cristianos somos enviados al mundo por el único Señor: Padre, «no te pido que los saques del mundo sino que los preserves del mal». Como el Padre me envió, así os envió yo: «Id al mundo entero y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he enseñado».

Las dificultades para evangelizar el mundo no son nuevas. Siempre han existido. Es necesario mirar cara a cara este mundo nuestro con sus valores y problemas, sus inquietudes y esperanzas, sus conquistas y derrotas; un mundo cuyas situaciones económicas, sociales, políticas y culturales presentan graves problemas y dificultades.

Pero no basta mirar cara a cara esta nueva realidad, es necesario verla como la viña a la que el Señor nos envía a todos. Esta, y no otra, es la viña; éste, y no otro deseable, es el campo en el que los fieles laicos están llamados a vivir su misión. Aquí el Señor quiere que los laicos, como los demás cristianos, sean sal de la tierra y luz del mundo [Mt 5]. En esta parcela que vivo, en Benimámet, en la Parroquia de San Vicente Mártir.

Esta nueva realidad nos obliga a salir, a estar en medio de la gente. No es posible anunciar el Evangelio, si no estamos con las personas y nos relacionamos con ellas, si no las conocemos y las amamos, si no nos preocupamos de sus problemas y estamos dispuestos a ayudarles a afrontarlos. Esta fue la actitud de Jesús durante los años de su vida pública. El Evangelio nos dice que recorría los pueblos y ciudades anunciando a todos el Evangelio del Reino. Si es necesario por encargo del Señor llevar el Evangelio a todos los hombres, debemos hacerlo desde la compasión y desde la presencia cercana y amorosa a cada uno. Jesús compadecido de las gentes que le seguían, porque estaban como ovejas sin pastor, al desembarcar se puso a instruirlos largamente [Mc 6, 34].

Esta presencia entre la gente es misión de toda la Iglesia, pero de un modo especial corresponde a los laicos. Además de vuestra colaboración en la construcción de la comunidad cristiana, tenéis por vocación una especial presencia en el mundo para llevar la Buena Noticia a todos los ambientes de la sociedad, (familiar, social, político, cultural, económico...).

Ante las dificultades para evangelizar, los laicos, al igual que los curas, corren el peligro de refugiarse en un falso espiritualismo, celebrando la fe con los restantes miembros de la comunidad, pero olvidando que deben dar testimonio de ella en el mundo. La falta de frutos pastorales puede llevarnos a todos a cerrarnos sobre nosotros mismos o puede impulsarnos a la realización de un conjunto de actividades pastorales al interior de la parroquia, olvidando que la vocación laical fundamentalmente debe concretarse en el mundo.

Los laicos, si se refugian en el interior de la parroquia, pueden sentirse bien y felices con el trabajo que realizan pero olvidan que la Iglesia fundamentalmente es misionera y que debe salir al mundo para estar con los alejados, para hacer proyectos con ellos a favor de todos los miembros de la sociedad y llegar así algún día a poder anunciarles el Evangelio. En ocasiones, muchos cristianos y curas continuamos actuando con los mismos métodos como si fuese una sociedad cristiana, olvidando el cambio de la realidad. Ante este cambio de la realidad no podemos seguir repitiendo las mismas cosas y del mismo modo que lo hacíamos cuando todos se consideraban creyentes.

En muchos casos seguimos empeñados en hacer las cosas como si todos fuesen verdaderamente creyentes. Debemos ponernos en camino, pues conocemos la meta del camino, aunque no tengamos muy claros los pasos que debemos dar. Como Jesús, tenemos que fiarnos sobre todo y ante todo de Dios y de sus promesas.

Para evangelizar y para salir al mundo con ciertas garantías, es preciso que le pidamos al Señor que nos aumente la fe y fortalezca la esperanza. Como creyentes nos apoyamos en Él y no en nuestros criterios y esfuerzos. Como llamados y enviados, debemos permitir que sea la Palabra de Dios la que guíe y juzgue nuestras actuaciones. Solamente desde esta luz podremos contemplar el mundo y la realidad de forma distinta a quienes todo lo ven oscuro.

En el recorrido del camino, aunque existan dudas y oscuridades, también existen certezas y claridades. En primer lugar, existe una certeza que no debemos olvidar nunca: Cristo vive y es Él quien nos llama y envía a todos a trabajar a su viña. No actuamos nunca por cuenta propia, sino en nombre de quien nos llama y nos envía constantemente para colaborar con Él en la extensión del Reino.

Esto quiere decir que Él camina con nosotros y nos lleva de la mano. Es más, Él envía siempre su Espíritu Santo sobre nosotros y sobre el corazón del mundo para purificar y sanar nuestras heridas y nuestros cansancios. El Espíritu es siempre el primer evangelizador. Él nos precede y acompaña siempre, iluminando la mente y purificando el corazón de cada hermano, aunque no sea creyente.

En segundo lugar, tampoco debemos perder de vista en la acción evangelizadora que somos discípulos de un Maestro que no se echó atrás cuando llegó el momento de entregar su vida por la salvación de la humanidad, cumpliendo en todo momento la voluntad del Padre. Si el discípulo no es más que su Maestro, todos los cristianos debemos asumir con convicción que la cruz debe formar parte esencial del apostolado. No hay verdadero amor, sin sufrimiento y compasión. El amor verdadero nos impulsa siempre a cargar con las propias cruces y a acompañar también a todos aquellos que, por las circunstancias de la vida, tienen especiales dificultades para llevar las suyas.

Para la reflexión:

- ¿Soy capaz de amar el “campo” al que el Señor me ha enviado? ¿Por qué?
- ¿Sé hacerme cercano a la gente? ¿Cuándo o con quiénes me siento más cómodo y cuándo o con quiénes me cuesta más?
- ¿Pido al Señor que me indique el camino a seguir? ¿Cómo lo hago?
- ¿Qué cruz debo cargar para responder a la llamada y envío del Señor?
¿Qué cruces ayudo a llevar?

Retiro: **LLAMADOS Y ENVIADOS**

(Extraído de “*Llamados por la Gracia de Cristo – Material de Iniciación de ACGA*” y “*El apostolado seglar a 20 años de Christifideles Laici*”, por Mons. Atilano Rodríguez)

VER:

- ¿Cómo he pasado este verano? ¿Qué destacaría de él? ¿De qué le doy gracias a Dios? ¿De qué le pido perdón?
- Ante el inicio del nuevo curso, ¿qué pregunta me surge espontáneamente: qué voy a hacer, o qué espera Dios que haga? ¿Por qué?
- ¿Vivo la fe de un modo privado o tengo algún compromiso público?
- ¿Me siento llamado por Dios, siento que Él cuenta conmigo?

JUZGAR:

En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret. Vio dos barcas que estaban junto a la orilla; los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes. Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: - «Rema mar adentro, y echad las redes para pescar.»

Simón contestó: - «Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes.»

Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús diciendo: - «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.»

Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: - «No temas; desde ahora serás pescador de hombres.» Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron. (Mt 5, 1-11)

- ¿Me siento llamado por el Señor? ¿Cómo llegué al grupo o grupos de los que formo parte? ¿Qué personas fueron mediación del Señor?
- ¿Siento la Parroquia como casa y cosa mía? ¿Dónde voy a colaborar?
- ¿En qué pienso que consiste “ser santo”?
- ¿Qué me atrae de Jesús, cuál es mi razón principal para seguirle?
- ¿Noto que voy creciendo en unidad interior? ¿Por qué?
- ¿Dónde me pide el Señor que “eche las redes”?

ACTUAR:

- ¿Soy capaz de amar el “campo” al que el Señor me ha enviado? ¿Por qué?
- ¿Sé hacerme cercano a la gente? ¿Cuándo o con quiénes me siento más cómodo y cuándo o con quiénes me cuesta más?
- ¿Pido al Señor que me indique el camino a seguir? ¿Cómo lo hago?
- ¿Qué cruz debo cargar para responder a la llamada y envío del Señor? ¿Qué cruces ayudo a llevar?